

“Esencia de mujer”: una lectura de los actuales modos de subjetivación de las mujeres en relación con el trabajo

“Woman’s essence”: a reading of the current women’s subjetivation processes in relation to labour

Marcela B. Zangaro*

Resumen

En este artículo reflexionamos acerca de la matriz de racionalidad que enmarca actuales procesos de subjetivación de las mujeres con relación al trabajo. Para ello partimos de la presentación de la matriz que, desde nuestro punto de vista, da sentido y conforma en general los procesos de subjetivación tanto de varones como de mujeres desde el comienzo de la modernidad. Esta matriz, a la que llamaremos esencialista porque considera al sujeto como un a priori dotado de una esencia, tiene diversos elementos componentes que describimos, y nos detenemos particularmente en uno de ellos: el trabajo. A partir de las descripciones y los análisis realizados mostramos cómo se proponen prácticas diferenciales para mujeres y para varones en relación con el trabajo.

Asimismo sostenemos que, a pesar de que los procesos de subjetivación reales están atravesados por la historia y consecuentemente registran cambios (con lo cual la idea de un sujeto a priori carecería de sentido) la esencialización constituye una estrategia aún vigente. Mostramos este hecho a partir de relevar la persistencia de elementos esencialistas en ejemplos de discursos actualmente circulantes que dan cuenta de la mujer en relación con el trabajo. Finalmente, presentamos nuestras reflexiones acerca de las visibilidades e invisibilidades que dicha estrategia esencializadora produce.

Palabras Clave: subjetividad - mujeres - trabajo - esencia

Abstract

In this paper we reflect upon the rationality matrix that frames current women’s subjetivation processes in relation to labour. In order to do that, we start describing the matrix that, from our point of view, gives sense and shapes both males and women’s subjetivation processes from the beginning of modernity. We will call this matrix essentialist because it considers to the subject like an a priori one endowed with an essence. We describe the matrix’s components, specially one of them: labour. Then we show how this matrix propose differential practices for women and males.

Likewise we state that, in spite of the fact that real subjetivation processes are historical and so they change (with which the idea of an a priori subject would lack sense) essentialization is still an existing strategy. We show this from pointing out persistence of esencialist elements in examples of speeches that focus on women and labour. Finally, we present visibilities and invisibilities that the above mentioned esencialist strategy produces.

Key Words: subjectivity - women - labour - essence

* Prof. en Filosofía (UBA). Doctora Ciencias Sociales (UNQ). Este trabajo se enmarca en el PI&D “Acumulación, dominación y lucha de clases en la Argentina contemporánea, 1989-2011”, dirigido por A. Bonnet.



Introducción

El trabajo es un eje fundamental de constitución de la subjetividad desde los orígenes de la modernidad. Permitió el establecimiento de lazos sociales diferentes de los que predominaban hasta el momento, así como la distribución de los sujetos en el espacio en función de una división instrumental de las actividades. Al varón correspondió el lugar de lo público, el mercado y el trabajo asalariado, en definitiva, el lugar de las actividades de producción; a la mujer el espacio de lo privado, el hogar y el trabajo sin salario, es decir, el de las actividades de reproducción.

Las prácticas y las estrategias que la modernidad definió en este contexto establecieron entonces ciertos modos de subjetivación admisibles para mujeres y varones y trazaron un campo de experiencia posible para la subjetividad en clave esencialista. Esto es, adscribieron por definición tanto a unas como a otros un conjunto de características que justificaban su permanencia en los espacios establecidos.

Desde nuestro punto de vista, si bien las particularidades y necesidades del desarrollo capitalista y las luchas que muchas mujeres emprendieron en diversos momentos y lugares permitieron que desde el siglo pasado se fueran proporcionando otros espacios de circulación e inserción de las mujeres, esto es, otra relación con el trabajo asalariado, esto no implicó un abandono de la matriz esencialista que las define en vinculación con el espacio de lo doméstico y el trabajo reproductivo. En este artículo pretendemos mostrar la persistencia de esa matriz en los actuales procesos de subjetivación propuestos para las mujeres en relación con el trabajo.

Para ello, en primer lugar, reflexionaremos en términos generales acerca de los elementos que conforman la matriz de racionalidad esencialista desde sus orígenes y presentaremos nuestra perspectiva crítica. Luego, mostraremos ejemplos que nos permitan rastrear la permanencia de esos elementos en discursos actuales sobre las mujeres que trabajan en posiciones tradicionalmente reservadas para los varones. Finalmente, esbozaremos algunas líneas de reflexión acerca de las posibles consecuencias que pueden derivarse de dicha permanencia a partir de acercarnos a las visibilidades e invisibilidades que la estrategia de esencialización produce.

Ser sujeto: una matriz para los procesos de subjetivación

Los términos “sujeto” y “subjetividad” son de uso frecuente tanto en el ámbito académico como fuera de él. Pero el hecho de su amplia difusión no implica, de manera necesaria, que exista uniformidad a la hora de determinar a qué remite cada uno de ellos. De hecho podemos decir que, tradicionalmente, o bien el sujeto –la subjetividad– es considerado una entidad dada, un *a priori* que enfrenta al mundo o bien se lo considera resultado de la interacción con aquél. En los límites trazados por esta dicotomía, en

este trabajo partimos de la idea de que la subjetividad es un resultado de la interacción con el mundo. Es decir, partimos de la idea de que la subjetividad es un constructo. Esto implica considerar que los sujetos se convierten en tales. Desde nuestro punto de vista no hay una forma originaria, un sujeto preexistente a la historia, al contexto social. Más bien, el sujeto es causa y efecto de prácticas sociales y de estrategias de legitimación y de subversión de dichas prácticas.

Esta perspectiva nos permite afirmar, con Michel Foucault, que las prácticas y las estrategias de cada época histórica establecen los posibles modos de subjetivación,¹ es decir, los modos en los que los sujetos se piensan tanto a sí mismos como a los otros y actúan sobre sí mismos y sobre los otros en el marco de relaciones de poder-saber existentes. Los modos de subjetivación trazan el campo de experiencia posible para la subjetividad históricamente delimitada². Nosotros agregaremos que el campo así circunscripto conforma una matriz de inteligibilidad³ o matriz de racionalidad cuya función es dar sentido a las prácticas que están en la base de los posicionamientos subjetivos individuales y colectivos. Los sentidos circulan en narrativas⁴ que, así, constituyen un marco para los procesos de subjetivación.

Sin embargo, independientemente de nuestras preferencias particulares, la tradición de pensamiento de la modernidad (momento histórico al que circunscribimos nuestra lectura), adopta en líneas bastante generales una respuesta más ligada al otro límite de la dicotomía que antes planteábamos. Como sostiene Foucault, las concepciones filosóficas modernas tradicionales toman al sujeto como una forma elemental y originaria, con un carácter fundamental y fundador⁵, como un *a priori*. Tomar al sujeto como algo dado, como lo que es, implica considerar que lo constitutivo en él es su esencia. Por ello, llamaremos “esencialistas” a estas perspectivas del sujeto. Desde nuestro punto de vista, la perspectiva esencialista del sujeto constituye una matriz de racionalidad muy difundida para los pro-

¹ Foucault, Michel “Foucault”, en *Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales. Volumen III*, Barcelona, Paidós, 1999. Nuestro punto de vista considera que no hay en Foucault un enfoque restringido o puramente determinista del sujeto como mero efecto de unas causas que lo producen. Partir del concepto de modo de subjetivación como práctica, de una perspectiva relacional del poder y de la noción de conducta presente en los trabajos en los que este autor aborda la gubernamentalidad moderna nos permite aceptar que los sujetos son efectos de prácticas de objetivación-subjetivación al tiempo que operan sobre dichas prácticas estableciendo discontinuidades o cambios.

² Foucault, Michel, op. cit.

³ Butler, Judith “Variaciones sobre sexo y género: Beauvoir, Wittig y Foucault”, en Lamas, Marta (comp.) *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, Porrúa, 2000, pp. 303-330.

⁴ Fernández, Ana María “Lógicas de género: territorios en disputas” en *Las lógicas sexuales: amor, política y violencias*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2009, pp. 51-72.

⁵ Foucault, Michel “La escena de la filosofía”, en *Estética, ética y...* op.cit., pp. 149-174.



cesos de subjetivación actuales. Para comprenderlos, nos ocuparemos entonces de determinar a continuación cuáles son sus contenidos característicos.

La matriz esencialista: a) primera aproximación a los contenidos esenciales del sujeto

La matriz esencialista que se instala en la modernidad toma al sujeto como un *a priori*, decíamos. El sujeto es uno, universal y su ser se manifiesta en alguna clase de esencia. Para un sujeto de este tipo, el único devenir posible es el de la constatación de la esencia que le corresponde por definición y su historia se reduce, entonces, a la realización de aquello que es de manera necesaria, por cumplimiento de ese ser esencial. El ser es, así, una entidad transhistórica cuya existencia se da con independencia de las relaciones sociales que se establezcan en un período dado.

En la matriz de racionalidad que esa lectura habilita, la esencia del sujeto tiene contenidos específicos: el sujeto es lo trascendental, lo racional, el punto de origen y de validación de todo conocimiento y se definirá también, como veremos, por las características de lo masculino.

Esta perspectiva esencialista circula socialmente por medio de narrativas también esencialistas que operan sobre una concepción general que podemos llamar, siguiendo a Ana Fernández, episteme de lo mismo⁶. Esta episteme proporciona los soportes lógicos para los discursos legitimadores de los modos de subjetivación propuestos, que proponen una lógica atributiva, binaria y jerárquica. Atributiva porque las características de lo masculino se atribuyen a lo humano; binaria porque establece dos valores de verdad que se definen por oposición: verdadero – falso y, finalmente, jerárquica, porque dentro del par binario uno de los polos es considerado superior y el otro, inferior. El binarismo establece un polo de identidad constituido por lo mismo, lo único, lo positivo y lo superior y un polo de la diferencia constituido por lo diferente, lo otro, lo negativo y lo inferior⁷.

En definitiva: lo trascendental, lo racional, lo masculino son los componentes que incluyen las definiciones esencialistas más habituales de sujeto de la modernidad. Pero desde nuestro punto de vista, una lectura más fina de la consideración moderna de la esencia del sujeto debe incluir como uno de sus componentes fundamentales el trabajo ya que es justamente la modernidad, período de consolidación del capitalismo, el momento en que se opera una síntesis entre el concepto de trabajo y el de sujeto⁸ y el trabajo deviene componente esencial del sujeto.

⁶ Fernández, Ana María op. cit.

⁷ Gaba, Mariana *Aportes de la teoría de género a la teoría organizacional*, 2007. Disponible en [http://www.artemisnoticias.co.ar/images/FotosNotas/Tesis%20Mariana%20Gaba%20para%20Publicaci%20F%20n%20-%20en%20prensa%20.pdf. Fecha de consulta: 20/3/2011].

⁸ Foucault, Michel *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 1998.

La matriz esencialista: b) Segunda aproximación a los contenidos del sujeto

Afirmar que en la modernidad el trabajo deviene uno de los contenidos de la esencia del sujeto implica simplemente sostener que la modernidad es el momento histórico en el que el sujeto se define por el trabajo y éste se convierte en articulador de lo social. El trabajo deviene el factor que opera la síntesis social es decir, que constituye las condiciones de posibilidad de la socialidad y que organiza a los sujetos en torno a las prácticas a las que da origen.

Es en este sentido que el trabajo es una novedad que el capitalismo introduce en la modernidad. En el modo de producción anterior, el feudal, el reconocimiento y el lazo social no se ejercen por el trabajo realizado sino por la ubicación ocupada en la estructura social jerárquica y, en consecuencia, por las relaciones de dependencia definidas dentro de ella. El trabajo sólo se realiza para asegurar la propia supervivencia y para cubrir la obligación “basada en la ley o en el derecho consuetudinario, de dedicar cierta parte de su trabajo o de su producción [la del campesino o del siervo] en beneficio de su superior feudal”⁹. Esto significa que el lazo social se define por las relaciones de vasallaje y dependencia personal establecidas en el marco de esa sociedad medieval: “Una sociedad feudal es una sociedad fragmentada en parcelas, donde la cohesión social se establece en la comunidad y bajo la dominación personal y tradicional del señor”¹⁰.

Las transformaciones sufridas en el mundo feudal y que llevan a la consolidación del capitalismo (como, por ejemplo, los cercamientos y la expulsión de los campesinos de sus tierras) implican para las personas la pérdida de esas condiciones de existencia que habían prevalecido hasta el momento y, consecuentemente, la desarticulación de las formas de socialidad que se definían a partir de ellas. En el nuevo mundo abierto por la modernidad, el mercado es el escenario social que pasa a primer plano y que define el espacio y las reglas de la socialidad separando lo económico de lo político y estableciendo tanto sujetos vendedores libres de mercancías como ciudadanos. En este escenario, las nuevas formas de socialidad se organizan en torno al dominio de un tipo de trabajo específicamente capitalista¹¹: trabajo humano indiferenciado, es decir, trabajo abstracto¹². Esto es, el capital organiza lo social a partir de y en torno a la imposición, para algunos individuos, de la obligación de vender en el mercado de trabajo su capacidad de trabajar en general (porque se hace abstracción tanto de la actividad concreta que se realiza

⁹ Dobb, Maurice “La transición del feudalismo al capitalismo”, en *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1991, p. 664.

¹⁰ Holloway, John *Agrietar el capitalismo. El hacer contra el trabajo*, Buenos Aires Ediciones Herramienta, 2011, p. 145.

¹¹ Esto significa que la forma de trabajar que se inaugura en el capitalismo es cualitativa y radicalmente diferente de la vigente en los períodos anteriores.

¹² Holloway, John op. cit.



como de quién la realiza), de vender tiempo de trabajo en general, tiempo que el capital destinará a la producción de mercancías.

Esta conformación de lo social impuesta por el capitalismo da lugar a todo un juego de saber-poder que coloca, así, al trabajo en el centro de la escena de las prácticas modernas. En el plano del saber la economía política lo instala como un concepto central que pone al tiempo de trabajo y su mercantilización como eje de lo social, y a los individuos como propietarios que, libremente, entablan en el mercado relaciones de intercambio de mercancías (estrictamente, fuerza de trabajo por salario). En definitiva, la economía política consolida las bases de un saber que pone al trabajo como fuente de riqueza, a la sociedad como basada en una economía del tiempo de trabajo y al sujeto como productor.

Ahora bien, la “invención” del trabajo en el plano del saber moderno coexiste con prácticas sociales que, vistas desde el plano del poder, tienen por objetivo vincular efectivamente al sujeto con el trabajo y el aparato productivo definido. Estas prácticas se producen a dos niveles. Uno de ellos es el más general, en el que el sujeto pasa a ser considerado como parte de una entidad mayor a sí mismo: la población. Se establece así un dispositivo biopolítico que define a la población como objeto de preocupación y práctica en la medida en que sus “fenómenos específicos (...) natalidad, morbilidad, duración de la vida, fecundidad, estado de salud, frecuencia de enfermedades, formas de alimentación y vivienda”¹³ se ponen en el foco de la atención. El origen de esta preocupación se encuentra en la consideración, a la que ya hicimos referencia, de la población como fuente de fuerza de trabajo, es decir, de riqueza. De hecho “A mediados del siglo XVI, la idea de que la cantidad de ciudadanos determina la riqueza de una nación se había convertido en algo parecido a un axioma social.”¹⁴ El dispositivo biopolítico, así, opera sobre el cuerpo social para organizar los procesos vitales de la población en función de la constitución y del mantenimiento de una fuerza de trabajo adecuada.

El otro nivel de las prácticas fue el más particular, el que afectó al sujeto en tanto individuo, y correspondió a aquellas desplegadas en el dispositivo disciplinario¹⁵. Este dispositivo presente en las “instituciones de secuestro modernas” (la fábrica, la cárcel, la escuela¹⁶), opera sobre el cuerpo individual para convertirlo en dócil y útil. A partir de los instrumentos que despliega (la vigilancia jerárquica, la sanción normalizadora y el examen¹⁷) logra

la expropiación del saber hacer que venía ligado al ejercicio de los oficios medievales (y que era propiedad de los trabajadores) y posibilita la separación entre concepción y ejecución en el trabajo, logrando la paulatina uniformización de procedimientos y saberes, la progresiva indiferenciación del hacer. Este dispositivo resulta así fundamental para la expansión e imposición del trabajo específicamente capitalista al que nos referimos antes, el trabajo abstracto. En resumen: el poder político moderno desarrolla una serie de operaciones de saber - poder complejas que vinculan a las personas al aparato de producción de manera sintética y real¹⁸, y el trabajo abstracto se constituye en un componente fundamental del sujeto; se establece y difunde como un *a priori* histórico. Ahora bien, a pesar de que el trabajo adquiere en la modernidad un carácter abstracto y general, no afecta de la misma manera a todos los sujetos. Nos ocuparemos del impacto diferencial del trabajo en la subjetividad moderna en el próximo apartado.

El impacto diferencial en la subjetividad: la división instrumental del trabajo

La organización de la socialidad que la modernidad capitalista impuso implicó en un mismo movimiento un proceso de indiferenciación y un proceso de diferenciación. El proceso de indiferenciación se operó, tal como afirmamos en el párrafo anterior, al despojar al trabajo de sus características particulares y convertirlo en trabajo en general, afectando a actividades que, en el período anterior, se encontraban socialmente diferenciadas: por ejemplo, los distintos trabajos artesanales, el trabajo campesino, etc. Simultáneamente, se impuso una diferenciación entre tipos de actividades que en el período anterior se mantenían indiferenciadas: las de producción y las de reproducción. Analicemos un poco más en detalle la génesis de este último proceso.

El medioevo es un período histórico en el que predomina la unidad entre producción y reproducción tanto en el campo como en el taller artesanal. Los miembros de la familia¹⁹ en general se encargan de realizar tanto las actividades necesarias para el propio mantenimiento como las de producción de mercancías. Ambos tipos de actividades implicaban la participación de varones y de mujeres²⁰. Esta paridad en la producción se pone de manifiesto en las tareas relacionadas con la explotación del campo y luego, cuando tras los procesos de cercamiento comenzó a producirse el éxodo del campo a las ciudades, se hizo evi-

¹³ Foucault, Michel *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, México, Siglo XXI, 1987, p. 35.

¹⁴ Federici, Silvia *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2011, p. 147.

¹⁵ Foucault, Michel *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión moderna*, México, Siglo XXI, 1988.

¹⁶ Foucault, Michel *La verdad y las formas jurídicas*, México, Gedisa, 1986.

¹⁷ Foucault, Michel *Vigilar y castigar...*, op. cit.

¹⁸ Foucault, Michel *La verdad y...*, op. cit.

¹⁹ En ese período el concepto de familia reviste un carácter distinto al de la familia nuclear burguesa que se impondrá en la modernidad. La familia del maestro artesano, por ejemplo, estaba integrada por su mujer, sus hijos, los trabajadores contratados en el taller y los aprendices que otras familias dejaban bajo su custodia para su formación. Véase al respecto Plá, Alberto *Historia del movimiento obrero, s.l., s.d.*

²⁰ Esto, por supuesto, no implica que las mujeres escaparan de la tutela masculina. Al respecto, véase Federici, Silvia op. cit., p. 46 y siguientes.



dente también en ellas. Las ciudades devinieron espacios en los que las mujeres lograron distintas posiciones que podían ser ocupadas también por los hombres. Al respecto sostiene Federici que “Aún cuando por lo general eran los miembros más pobres de la sociedad urbana, con el tiempo las mujeres ganaron acceso a muchas ocupaciones que posteriormente serían consideradas trabajos masculinos. En los pueblos medievales, las mujeres trabajaban como herreras, carniceras, panaderas, candeleras, sombrereras, cerveceras, cardadoras de lana y comerciantes (...) En Inglaterra, setenta y dos de los ochenta gremios incluían mujeres entre sus miembros. Algunos gremios, incluido el de la industria de la seda, estaban controlados por ellas; en otros, el porcentaje de trabajo femenino era tan alto como el de los hombres. Hacia el siglo XIV, las mujeres comenzaron a ser maestras así también como doctoras y cirujanas y comenzaron también a competir con los hombres en formación universitaria, obteniendo en ciertas ocasiones una alta reputación.”²¹

Este panorama “de equidad” cambia drásticamente con la expansión del capitalismo y la imposición del trabajo abstracto, que va a producir una división instrumental de las actividades²² que se articula en torno a una división sexual del trabajo: un trabajo, el productivo, será considerado competencia de los varones, mientras que otro, el reproductivo, será destino de las mujeres, permitiendo así la disponibilidad de los varones para el mercado de trabajo²³. El trabajo productivo será socialmente reconocido y valorado porque produce mercancías para el intercambio y produce, por ello, plusvalor. El trabajo reproductivo que produce fuerza de trabajo en condiciones domésticas, será considerado improductivo y, por lo tanto, desprovisto tanto de reconocimiento como de valor²⁴.

Detengámonos brevemente en esta última idea. La fuerza de trabajo, definida en términos capitalistas como trabajo abstracto –como ya dijimos, como capacidad indiferenciada de realizar cualquier actividad- es una mercancía que constituye un “insumo” fundamental para el capitalismo. Pero es una mercancía que tiene dos particularidades. Una es que, en tanto capacidad productiva, es inalienable de los sujetos que la ejercen y su venta como mercancía sólo implica, en términos estrictos, ponerse cierto tiempo a disposición del comprador para que éste la usufructúe.

²¹ Federici, Silvia op. cit., p. 56 y 57.

²² “(...) la clara diferenciación entre lo útil y lo no útil, entre las actividades útiles y no útiles es también característica de la razón instrumental típica del capitalismo.” Holloway, John op. cit., p. 110.

²³ Todaro, Rosalba y Yáñez, Sonia citado en Stecher, Antonio et al., “Relaciones de producción y relaciones de género en un mundo en transformación” en Schwarstein, Leonardo y Leopold, Luis (coords.) *Trabajo y subjetividad. Entre lo existente y lo necesario*, Buenos Aires, Paidós, 2005, pp. 71 a 111.

²⁴ Estamos suponiendo aquí el hecho de que el carácter de productivo o improductivo del trabajo “no depende del valor de uso producido, sino de que produzca mercancías que al mismo tiempo contengan valor.” Heinrich, Michael *Crítica de la economía política*, Madrid, Escolar y Mayo, 2004, p. 131.

Otra, es que su producción como mercancía consiste en la reproducción o conservación del trabajador mismo²⁵. Esto es, la producción de la fuerza de trabajo como mercancía implica la reproducción y el mantenimiento de las condiciones de existencia del trabajador.

Entonces, las actividades necesarias para la reproducción de la fuerza de trabajo son, valga la redundancia, reproductivas: reproducen trabajadores. En tanto tales, no son actividades productivas de mercancías intercambiables *strictu sensu* y, gracias a ello, son socialmente desvalorizadas. En términos de Federici: “Con la desaparición de la economía de subsistencia que había predominado en la Europa pre-capitalista, la unidad de producción y reproducción que había sido típica de todas las sociedades basadas en la producción-para-el-uso llegó a su fin; estas actividades se convirtieron en portadoras de otras relaciones sociales al tiempo que se hacían sexualmente diferenciadas. En el nuevo régimen monetario, sólo la producción-para-el-mercado estaba definida como actividad creadora de valor, mientras que la reproducción del trabajador comenzó a considerarse como algo sin valor desde el punto de vista económico e incluso dejó de ser considerada un trabajo (...) la importancia económica de la reproducción de la mano de obra llevada a cabo en el hogar, y su función en la acumulación del capital, se hicieron invisibles, confundiendo con una vocación natural y designándose como “trabajo de mujeres”²⁶.

La matriz de racionalidad que se instala en este contexto resulta diferencial para los modos de subjetivación de mujeres y varones. Por un lado, define lo masculino y lo femenino en términos binarios jerárquicos que consolidan la separación entre la esfera pública de la producción y la esfera privada de la reproducción a la que ya nos referimos. Por el otro, asigna a mujeres y varones características esenciales que cristalizarán en discursos sancionadores y legitimadores de esa división instrumental del trabajo social. La mujer será madre, sujeto centrado en el hogar y sus hijos. Es decir, por su capacidad natural queda circunscripta al ámbito de lo reproductivo. Caracterizada por rasgos predominantemente afectivos, es considerada naturalmente débil, necesitada de la protección masculina y devendrá complemento necesario del hombre²⁷. Por su parte, el varón se define principalmente por las siguientes capacidades: actividad, inteligencia, racionalidad, seguridad, autonomía y la voluntad²⁸, las que lo hacen “naturalmente” apto para el mundo público de la competencia capitalista.

En función de los lineamientos generales de la episteme de lo mismo, se establece una dicotomía que definirá un sujeto óptimo y apto para cada uno de los espacios demarcados: por un lado, el mundo privado, el del hogar

²⁵ Marx, Karl *El capital*, Tomo I, Libro Primero, México, Siglo XXI, 1990.

²⁶ Federici, Silvia, op. cit., pp 123-124.

²⁷ Lombardi, Alicia *Entre madres e hijas. Acerca de la opresión psicológica*, Buenos Aires, Paidós, 1998.

²⁸ Lombardi, Alicia op. cit.



y la familia, el mundo de la esfera de la vida doméstica. Por el otro, el mundo público: el espacio del estado y sus instituciones, de lo político, del mercado²⁹. La primera esfera reúne los aspectos socialmente valorados y es, por lo tanto, el polo positivo y superior, mientras que la segunda es el polo desvalorizado, negativo e inferior. El trabajo de las mujeres, así, queda circunscripto a lo privado en un doble sentido: privado porque es propio de la esfera de lo doméstico y privado de reconocimiento social en términos capitalistas: de ganancia o de salario³⁰. En resumen: en la matriz de racionalidad moderna, el trabajo abstracto organiza una partición instrumental de las actividades que establece una división sexual del trabajo que da lugar a un trabajo “propio” de varones y un trabajo “propio” de mujeres, y plantea el terreno de las relaciones entre los géneros masculino y femenino estableciendo en términos amplios “un sistema de género donde los hombres dominan a las mujeres”³¹, “un modelo de familia de ‘padre proveedor-madre cuidadora’ que supone un ‘contrato de género’”³² a fin de garantizar no sólo el predominio masculino sino la permanencia de las mujeres dentro del ámbito de lo privado. Es decir, a fin de garantizar lo dado por la modernidad capitalista y sus definiciones esencialistas.

La matriz vigente para los actuales procesos de subjetivación: persistencias del esencialismo

Ahora bien, sobre el fondo de las características uniformemente establecidas a partir de las definiciones esencialistas, las prácticas de los individuos en sus contextos sociales ponen en acto y evidencian subjetividades que no responden de manera exacta a esas definiciones: a pesar de su pretensión, la matriz de inteligibilidad general no es atemporal. Ella se modifica según los cambios que se operan a lo largo del desarrollo del capitalismo y de las relaciones sociales que se despliegan en su contexto. Tomemos dos ejemplos de cambios respecto de los contenidos originales de la matriz: uno, el resquebrajamiento de la separación dicotómica de espacios de circulación para mujeres y varones que se produce al construirse nuevos espacios de circulación en la intersección de lo público y lo privado, cuando las mujeres se van liberando de la tutela jurídica masculina y se incorporan en el mercado laboral (acontecimientos que se acelera desde mediados del siglo XX)³³. Otro, las reconfiguraciones en la consideración de los roles tradicionales que se establecen a partir de las modificaciones legales que regulan las relaciones maritales.

Esto implica que, en lugar de la masculinidad hegemónica que garantiza (o se toma para garantizar) la posi-

²⁹ Fernández, Ana María op. cit.

³⁰ Esta diferenciación se modifica a lo largo del desarrollo del capitalismo, sobre todo cuando las actividades relativas al cuidado y mantenimiento de la fuerza de trabajo entran en el circuito del mercado como servicios.

³¹ Connell, Robert “La organización social de la masculinidad” en *Ediciones de las mujeres*, Nro. 24, 1997, pp. 31 a 48.

³² Stecher Antonio *et al.*, op. cit., p. 80.

³³ Fernández, Ana María *Las lógicas sexuales...*, op. cit.

ción dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres.”³⁴, o de una feminidad hegemónica constituida por el modelo de la mujer centrada en el hogar y madre de familia, nos enfrentáramos a la existencia de distintas masculinidades o feminidades. Siguiendo a Connell, por ejemplo, podemos considerar masculinidades minoritarias subordinadas (pongamos por caso los hombres negros en relación con los blancos); marginales (como en ciertos contextos, los homosexuales) o cómplices (la ejercida por aquellos que, sin estar en el lugar predominante, comparten los beneficios derivados del poder hegemónico)³⁵. Asimismo en el caso de las mujeres, la puesta en acto de la condición de género en torno a una feminidad tradicional cede lugar a femineidades transicionales (que complementan el rol de madre con la inserción laboral y profesional y siguen manteniendo al varón en el lugar del proveedor) o femineidades innovadoras (para las cuales la maternidad y la conyugalidad son opciones posibles entre otras)³⁶.

Lo que ahora nos interesa mostrar es cómo, a pesar de que existen masculinidades y feminidades que cuestionan a las hegemónicas y que pueden leerse como fisuras en la matriz de racionalidad moderna, puede rastrearse la vigencia de una perspectiva esencialista en la consideración de la subjetividad femenina. En lo que sigue nos ocuparemos de proporcionar ejemplos concretos de esta idea. También nos interesa plantear líneas posibles de explicación para la persistencia de esta matriz. De esto nos ocuparemos, específicamente, en las conclusiones.

Narrativas esencialistas: lo visible

Para mostrar rastros de la vigencia de la matriz esencialista abordaremos narrativas presentes en discursos actualmente circulantes³⁷. Conviene señalar al respecto que

³⁴ Connell, Robert op. cit., p. 39.

³⁵ *Ibidem*.

³⁶ Gabba, Mariana op. cit. Al respecto, nos interesa señalar que estas diferenciaciones se mantienen sobre el trasfondo de una división dicotómica de los sexos, y no toman en cuenta otras opciones ni tienen en cuenta procesos de subjetivación que subjetivan “de modo cruzado”, como es el caso de mujeres que se apropiaron de los lineamientos de la masculinidad hegemónica y subjetivan de manera masculina. Véase al respecto Connolly, Robert op. cit.

³⁷ Los fragmentos presentados no tienen la pretensión de servir de base a inferencias inductivas. Los abordamos desde un punto de vista foucaulteano y desde la propuesta sostenida por Norman Fairclough e Eve Chiapello en el contexto de la corriente del Análisis Crítico del Discurso. En función del primer enfoque, tomamos los textos como ejemplos de los significados que conforman el orden del discurso del capitalismo actual y que, en tanto tales, operan en los procesos de subjetivación. En términos más específicos, son casos posibles planteados por la formación discursiva vigente. En función del segundo enfoque, abordamos el discurso en general como un modo de acción de las personas sobre el mundo y sobre las otras personas, al tiempo que un modo de representación. Tomamos así la reformulación del concepto foucaulteano de orden del discurso propuesto por Fairclough para quien el orden del discurso es la manera en que



partimos de la base de que el discurso, como una de las dimensiones de las prácticas que dan lugar a la subjetividad, tiene un carácter eminentemente activo en la conformación del sujeto y de lo real en sentido más amplio. Es decir, el discurso tiene un carácter constitutivo, es una dimensión históricamente constitutiva de lo social.

Los textos que vamos a considerar tienen la particularidad de que constituyen narrativas en las que los temas del trabajo y de lo femenino no se entrecruzan para dar cuenta de mujeres en el mundo del trabajo en general (hecho que no sería necesariamente novedoso), sino de mujeres que asumen roles laborales que, tradicionalmente, se encuentran fuertemente ligados a la figura masculina: los de dueños, gestores y líderes de empresas que surgen como emprendimientos personales propios y los de gerentes o responsables de la alta dirección. Nos ocuparemos en particular de dos aspectos de estos textos: cómo explican el éxito de las mujeres en esos roles por definición masculinos; y de qué manera significan el papel que tradicionalmente se ha asignado a las mujeres en la división social del trabajo.

Avancemos, entonces, hacia el primer aspecto seleccionado. Podemos encontrar que así como hay una “estrategia esencializadora” de la modernidad para justificar la permanencia de la mujer en el hogar, se encuentran ahora estrategias similares para afirmar que existen características propias de lo femenino que hacen a la mujer “naturalmente” apta para desempeñar el papel que ahora le corresponde:

El trabajo en equipo se relaciona con la *forma de ser de las mujeres*. Tienen una fuerte *vocación* para asociarse y construir en conjunto, un aspecto que hace que en muchos casos sean *más aptas para armar redes y para abrirse a la gente y a sus ideas*.³⁸

Flexibilidad, perseverancia, humildad, pasión, iniciativa, sensibilidad. Habilidad para captar y adaptar; para unir; para vincular. Son sólo algunas de las *características propias del género* que las mujeres suman (o pueden

las variedades discursivas y los tipos de discursos se ponen juntos en una red, estructurando las relaciones entre las diferentes formas de producir discursos y las variedades discursivas (es decir, generando significados). El establecimiento de los órdenes del discurso permite analizar las formas hegemónicas de crear significado transmitir y legitimar ideologías, valores y saberes. Los textos seleccionados son entonces ejemplos o casos de esas configuraciones de discursos particulares. Véase al respecto del primer enfoque Foucault, Michel *El orden...*, op. cit. y *La arqueología...*, op. cit. Con respecto al segundo, en particular Fairclough, Norman “El análisis crítico del discurso como método para la investigación en ciencias sociales” en Wodak, Ruth y Meyer, Michael (comp.) *Métodos de análisis crítico del discurso*, Barcelona, Gedisa, 2003, pp. 179 a 203 y Chiapello, Eve y Fairclough, Norman “Understanding the new management ideology: a transdisciplinary contribution from critical discourse analysis and new sociology of capitalism” en *Discourse & Society*, Vol. 13, 2002, pp. 185 a 208.

³⁸ *Clarín* “Mujeres al frente: los negocios como juego de damas” en Revista *Pymes*, Buenos Aires, 14 de enero 2011. En esta cita y en todas las que siguen el resaltado nos pertenece.

sumar) al mercado laboral y a los ambientes de trabajo *si evitan masculinizarse, si se integran y avanzan como tales, y no como varones*.³⁹

O bien,

Nosotras [las empresarias] tenemos la *capacidad de integrar inteligencia y corazón, de conciliar lo intelectual y lo afectivo. Tenemos la habilidad de abrir nuestro interior; de interiorizar; de generar lazos*. Son nuestros *atributos diferenciales*...⁴⁰

... hay coincidencia [entre las mujeres] en la importancia de aprovechar las herramientas *que brinda la naturaleza para crear un modelo distinto de liderazgo*.⁴¹

Los lineamientos que encontramos esbozados en estos ejemplos, que extrajimos de artículos incluidos en publicaciones argentinas de circulación masiva, se repiten en discursos de ejecutivas latinoamericanas relevados en un interesante trabajo de Sylvia Maxfield, María Consuelo Cárdenas y Lidia Heller⁴² que da cuenta de los resultados de una investigación sobre la participación de las mujeres en los negocios en América Latina. Estas coincidencias nos permiten reforzar la idea de que los lineamientos que encontramos en el corpus trabajado no constituyen casos aislados. Por ejemplo:

Creo que *el estilo gerencial de las mujeres* es muy diferente al de los hombres. La mujer *está mucho más a tono con sus sentimientos, mientras que ellos son más racionales*. La racionalidad no es el único factor para conducir los negocios de una manera eficiente o crear relaciones con los clientes y con sus colegas... *es una combinación de características maternas, sin perder el sentido de la responsabilidad y la disciplina. Las mujeres ejercemos este talento las veinticuatro horas del día*.⁴³

La estrategia esencializadora puesta en juego en estos discursos consiste en afirmar que las cosas son como están dadas, y que están dadas así porque responden a lo que son en general, a la naturaleza, sin consideración de casos particulares: las características pertenecen al género, definen un estilo, una forma de ser para las mujeres en general. Y esta forma de ser de las mujeres hasta permite la existencia de productos y mercados *esencialmente* femeninos:

...más de la mitad de la población demanda productos y servicios que, en buena medida, *sintonizan con su género*. ‘El *mercado infantil es femenino*, y tiene que haber una afinidad con el producto’, sentencian Mercedes Allende (50) y Marcela Johanneton (50), socias de

³⁹ Elustondo, Georgina y Diaz Virzi, Sabrina “Capacidades blandas: cuando el trabajo integra inteligencia y corazón”, en *Entremujeres.com*, Buenos Aires, 24 de noviembre de 2011.

⁴⁰ *Ibidem*...

⁴¹ Piñeiro Michel, Guadalupe “Las mujeres en la alta dirección”, en *Clarín*, Suplemento iEco, Buenos Aires, 30 de enero de 2011.

⁴² Maxfield, Sylvia, et. al. *Mujeres y vida corporativa en Latinoamérica. Retos y dilemas*, Bogotá, Ediciones Uniandes, 2008.

⁴³ *Ídem*, pp. 93-94.



Brillantina, una fábrica de trajes de baño para niñas y adolescentes...”. Las mismas emprendedoras continúan afirmando: “*lo femenino*, explican, se manifiesta en el diseño.⁴⁴

En el estudio de Maxfield anteriormente citado encontramos la misma idea:

*El maquillaje, por ejemplo: hay una atracción natural femenina por trabajar con este tipo de productos. Marketing también las atrae cuando tienen que interactuar con las consumidoras. Estas áreas requieren personas muy sensibles, con intuición.*⁴⁵

Sin embargo, esta estrategia esencializadora no está libre de inconsistencias. Veamos, por ejemplo, dos de ellas. Tradicionalmente, la capacidad de empatía, la facilidad para la comunicación, el ser apasionadas, la capacidad de sostener un compromiso afectivo, la preocupación por el bienestar de los demás que estos discursos valoran fueron características que justificaban la eficacia de la mujer en la esfera reproductiva a la par que su incapacidad para desenvolverse en la esfera productiva. Pero esas mismas características que antes le vedaban el éxito en el mundo público y servían para confirmar su encierro dentro del mundo privado, ahora constituyen elementos propios de la “forma de ser de las mujeres” que garantizan su éxito como emprendedoras fuera del hogar o de sus roles tradicionales:

Es fundamental *potenciar las cualidades femeninas para luego trasladarlas* al ámbito laboral: “Hay que valorar las capacidades de comprensión, entendimiento, competitividad, percepción e inteligencia para hacerlas crecer y aplicarlas en el día a día (...) la clave está en *saber ejercer en el ámbito profesional la negociación que una hace en la casa desde que nació. Esta estrategia, llevada al plano profesional, es imprescindible para poder llegar [a un puesto directivo alto].*⁴⁶

Por otro lado, a esas características femeninas de larga data que planteaban la exclusión del mundo productivo se suman ahora otras que antes correspondían a lo masculino y que en esta coyuntura histórica también pasan a ser componentes universales del ser femenino:

(...) tanto la que tiene a su cargo centenar de operarios como la que teje pulóveres en el sur es emprendedora y apasionada. *Osadía, innovación y capacidad para capitalizar su experiencia –en algunos casos más efectivamente que los hombres–* son otras de las características que mencionan los consultores.⁴⁷

En esta matriz de racionalidad se produce la paradójica situación de que, con el tiempo, la esencia de la mujer va colmándose de nuevos contenidos. Así, nos enfrentamos a una esencia atravesada por la historia, lo que plantea una inconsistencia en la matriz.

⁴⁴ Clarín “Mujeres al frente...”, op. cit.

⁴⁵ Maxfield, Sylvia, *et. al.* op. cit., p. 84.

⁴⁶ Piñeiro Michel, Georgina, op. cit.

⁴⁷ Clarín “Mujeres al frente...” op. cit.

Mas aún, podríamos agudizar las inconsistencias preguntando, por ejemplo, si las características esenciales que definen a la mujer son aquellas necesarias para tener éxito en el mundo de los negocios, si fracasan en los negocios, ¿es porque no eran realmente mujeres? O bien, si la fuente de los nuevos contenidos valorados en el trabajo es la propia forma de ser de las mujeres, y esos contenidos corresponden también por definición a la forma de ser del empresario innovador varón o al ejecutivo, ¿se trata, acaso de que lo femenino contiene un germen masculino o que lo masculino lleva en sí algo de lo femenino y entonces las claras fronteras de la oposición binaria no eran tan claras?

Pasemos ahora al segundo de los aspectos que nos interesa rastrear en los discursos, el relativo a cómo en este nuevo contexto se significa el papel que tradicionalmente la modernidad ha reservado a la mujer en la división instrumental del trabajo.

En los textos abordados encontramos que, a pesar de que se refieren a mujeres que no ocupan los roles más tradicionales –porque son la mujer empresaria innovadora o cuadro gerencial–, como así y todo de mujeres se trata, se significa lo femenino recuperando de manera explícita elementos de ese modelo tradicional: la familia, los hijos, el marido. Esto es, aunque los discursos se refieran a estas mujeres como dueñas, líderes o gerentes de empresas propias o ajenas, explicitan que este “gran paso” no implica el abandono de unas actividades que ellas parecen no poder (o no deber) dejar de cumplir.

El informe [sobre la ocupación femenina de puestos de alta dirección en países latinoamericanos] resalta que el mayor desafío para las mujeres es ligar un buen balance entre la vida laboral y la personal, ya que *para ellas la familia tiene un rol fundamental.*⁴⁸

Muy reveladores de esta persistencia en la matriz de inteligibilidad resultan testimonios de mujeres mismas:

La empresaria Victoria Randle de Zamborain compartió los inicios de My Special Book, una empresa que nace “del corazón” y *se nutre del calor de la familia.* (...) Muy emocionante fue el testimonio de María Luisa Fulgueira, presidenta de Daltosur, quien relató, acelerada, cómo logró hilvanar los pasos entre los orígenes de un sueño (a los 18 años sabía que quería ser gerenta de una empresa multinacional) y la meta cumplida, *coronando una vida de trabajo con el emprendimiento más importante de su vida:* “a los cincuenta y pico decidí que el trabajo no lo era todo y adopté tres hermanitos”, *confió, y llovieron los aplausos. Lo personal, los amores, los hijos, los padres, las madres, los divorcios, las lactancias, las demandas de los hijos, las mil y una estrategias de supervivencia para conciliar la vida personal y el trabajo...* Todo estuvo presente en la conferencia. Fue un encuentro *entre mujeres* y tuvo *el sello de lo femenino.*⁴⁹

El extenso estudio de Maxfield, Cárdenas y Heller pone

⁴⁸ Piñeiro Michel, Georgina op. cit.

⁴⁹ Elustondo, Georgina y Diaz Virzi, Sabrina op. cit.



en evidencia la misma perspectiva:

La razón principal por la cual a las mujeres les cuesta llegar a puestos ejecutivos altos no es por falta de capacidad, es por sus problemas de horario, *hay que dedicar-le tiempo a los hijos. Pero qué le vamos a hacer, es parte de ser mujer.*⁵⁰

Las persistencias se manifiestan al punto tal que, de hecho, se afirma que algunas de las modalidades de trabajo encaradas recientemente por las mujeres, se adecuan más a la exigencia de mantener la eficacia en el mundo público y en el privado:

Está bastante difundida la noción de que tener un emprendimiento propio *permite equilibrar mejor el tiempo destinado al trabajo y a la familia*, porque de ese modo la mujer no estará obligada a permanecer en una oficina para cumplir un horario, y *podrá aprovechar mejor el tiempo.*⁵¹

De esta manera, en función de la recuperación y mantenimiento de este papel tradicional, las narrativas abordadas suelen incluir a la par de las referencias académico-profesionales otras relativas a embarazos, lactancias, casamiento, noviazgos, etc. Así, se da por supuesto que la pareja, la familia y la maternidad ocupan un lugar de paridad junto al desarrollo profesional y que es necesario hablar de ellas.

Finalmente, debemos puntualizar que esta matriz de racionalidad que se construye para significar las prácticas femeninas incorpora también elementos de sentido respecto de las masculinidades. Podemos decir que los varones aparecen en tres posiciones básicas: la de la voz autorizada, la de los oponentes y la de los facilitadores. Como voz autorizada, validan la verdad de las explicaciones esencialistas acerca de la capacidad de las mujeres o de los proyectos. Por ejemplo,

*Carlos Kaplún, consultor y titular del Centro de Empresas de Familia, (...) encuentra significativos vínculos entre la coyuntura económica y un estilo femenino a la hora de emprender. 'El sistema de organización de la mujer es más flexible y eficiente, más fácil de adecuar a las circunstancias. Por ejemplo, mientras el hombre necesita una oficina, la mujer se desarrolla perfectamente en su casa', declara.*⁵²

Como oponentes, aparecen como el otro ante quien las mujeres deben demostrar la capacidad que justifica su invasión en el espacio que les pertenece.

Muchas veces, *como mujeres, hemos tenido que demostrar nuestra capacidad y nos hemos enfrentado con más obstáculos a la hora de cerrar un negocio. Aunque la mujer estudia y trabaja a la par del hombre, aún se presume que las mujeres tienen menos ambiciones (...).* Cuando la mujer no es el único sostén de la familia, hay menos exigencias y expectativas en torno al emprendimiento.

⁵⁰ Maxfield, Sylvia *et. al.* op. cit., p. 153.

⁵¹ Clarín, “Mujeres al frente...” op. cit.

⁵² Clarín “Mujeres al frente...” op. cit.

(...) En general, se espera que la mujer se dedique a emprendimientos de menor escala o más femeninos.⁵³

Cuando Delia eligió la carrera de despachante de aduana, no era una opción usual para mujeres: “en aquellas épocas, creo que era la única despachante mujer”, recuerda. Esto hizo que tuviera que *enfrentarse a varios momentos difíciles: “era una mujer muy joven, y lo más complicado era lograr la credibilidad. Hay determinadas actividades que son consideradas “más de hombres”* y era difícil romper con esos mandatos culturales.⁵⁴

Como facilitadores, aparecen como aquellos que tienen la posibilidad de abrirles las puertas a un mundo vedado:

Analía Rémedi, CEO de HP, me dijo [sostiene la entrevista] “*yo estoy aquí por mi marido*”. *Una mujer que quiere llegar a ese lugar depende mucho de su marido. La familia la impulsa.*⁵⁵

Hay mujeres que, *heredando la empresa de su padre o habiendo quedado viudas* supieron conducir y desarrollar sus empresas con brillante determinación y gran impulso.⁵⁶

Los testimonios recogidos en el estudio sobre ejecutivas latinoamericanas también dan cuenta de la visión de las parejas masculinas como facilitadoras, a las que las investigadoras llaman “marido colaborador”:

*Para que una mujer pueda equilibrar su vida profesional con la del hogar debe haber un alto apoyo de su pareja. Creo que hoy en día los hombres también están cambiando y aceptando el nuevo rol de la mujer en la sociedad. Cada mujer decide sus prioridades, es algo muy personal relacionado con la escala de prioridades y de valores que tenga, pero si decide que se quiere realizar como profesional el apoyo de su esposo es invaluable.*⁵⁷

En definitiva: a pesar de los cambios históricos producidos, en la consideración de la subjetividad femenina podemos seguir viendo persistencias de una matriz esencialista. ¿Cómo podría interpretarse esta persistencia? ¿Qué nuevos efectos de invisibilidad podría estar generando? Nos ocuparemos de esbozar algunas líneas que nos permitan acercarnos a estos interrogantes en el apartado siguiente.

Conclusión: pensar los efectos de invisibilidad de la estrategia esencializadora

Comenzamos este trabajo explicitando los puntos desde los cuales partimos para pensar qué matriz de inteligibilidad se construye para los procesos de subjetivación en la actualidad, a los fines de pensar los actuales modos de

⁵³ *Ibidem.*

⁵⁴ Clarín “Mi misión en la vida es potenciar a las mujeres empresarias”, en Entremujeres.com, 22 de junio de 2011.

⁵⁵ Vidal, Dolores “Identikit de las jefas en la Argentina”, en Clarín, Suplemento Mujer, 19 de marzo de 2010.

⁵⁶ Flores, Delia “El perfil de la empresaria argentina”, en Clarín, Suplemento Entremujeres.com, 22 de junio de 2011.

⁵⁷ Maxfield, Sylvia *et. al.* op. cit. p. 153.



subjetivación propuestos. Dado el papel central que tiene el trabajo en la conformación de la subjetividad moderna, las prácticas sociales que vinculan trabajo y femineidad demandan una constante reflexión crítica que permita indagar en esos modos de subjetivación dados para pensar y actuar otros modos de subjetivación deseados.

Pensemos, entonces, en primer lugar en términos de lo dado. Lo dado, como vimos, es una matriz de racionalidad esencialista (y sus correspondientes narrativas), en la que queda invisibilizada la principal y más importante característica del sujeto: la de ser agente activos de su propia historia. Así, las narrativas que justifican la eficiencia de las mujeres en puestos o espacios tradicionalmente considerados masculinos por sus características esenciales, invisibilizan las luchas históricas concretas de todas aquellas mujeres que, por medio de sus prácticas individuales y colectivas, han ganado lugar en esos espacios que en las diferentes épocas les han sido vedados. Al mismo tiempo, las narrativas que fijan a los varones en la esfera de lo público invisibilizan que esa fijación, que se toma como natural, es resultado de un proceso histórico por el cual el capital logra generalizar por medio de distintas formas de violencia⁵⁸ un aparato productivo definido en función de sus intereses, en el que impone una división instrumental del trabajo.

Lo que “es”, lo “real”, lo dado, lo visible, lo que constantemente la matriz de racionalidad reactualiza, invisibiliza también el hecho de que ciertas prácticas que en algún momento histórico pueden haber contado con un potencial emancipador, que pueden haber significado una línea de fuga respecto de lo establecido, son recapturadas⁵⁹ a partir de un reacomodamiento de la matriz general de sentido que genera nuevas visibilidades e invisibilidades. Pensemos esto en relación con el caso particular de las mujeres. La incorporación de la mujer al mundo del trabajo y de lo público puede haber implicado, en relación con su exclusión de él, un proceso emancipador de limitantes socio históricas previamente impuestos. Lo que la matriz visibiliza, entonces, es la liberación. Pero, de hecho, esa incorporación desencadenó un conjunto de “daños colaterales” que se invisibilizan. Por ejemplo, para las mujeres en general implicó la imposición de la exigencia de moverse en el nuevo ámbito (el de lo público) con igual eficacia que la que se le exigía en el de lo privado. Gina Zabludovsky se refiere a esto cuando afirma: “La identidades femeninas viven un proceso de transición, así, las ejecutivas casadas recurren a diversas estrategias para desarrollarse profesionalmente y poder mantener sus relaciones familiares y de pareja. Las exigencias a las que están sujetas son intensas y con constantes dilemas personales. Por un lado, la sociedad estimula el desarrollo académico y la especialización laboral; por el otro, aún predomina el discurso que exalta la procreación y el cuidado del núcleo

familiar como características esencialmente femeninas.”⁶⁰ La matriz de racionalidad invisibiliza también que la disponibilidad para el mercado de trabajo tiene consecuencias diferenciales para varones y mujeres: mientras que la matriz tradicional implicaba para ellos una “absolución” formal de las responsabilidades de la esfera doméstica, en el caso de ellas tal absolución no existe. El contrato tradicional de género⁶¹ no se modifica y se le agrega el contrato de trabajo. El mito moderno *mujer igual madre* se transforma en el mito *mujer igual madre más trabajadora exitosa*, lo que demanda para las mujeres tener que contar con la capacidad de desenvolverse adecuadamente en dos lógicas diferentes: “(...) el problema mayor [para las mujeres que irrumpen en el mundo de lo público] no radica meramente en la sumatoria de jornadas, sino que ambos mundos tienen códigos, lógicas criterios de valoración y criterios de prioridades absolutamente distintos que exigen formas de pensar, sentir y actuar muy disímiles, por no decir opuestas.”⁶²

Ciertamente, esto no implicó consecuencias nocivas sólo para las mujeres porque, como sostienen Todaro y Yáñez.: “(...) los hombres a su vez están sumergidos en un rígido sistema de relaciones laborales que les impide vivir una vida integrada no reducida a lo laboral, y participar en condiciones equitativas en el trabajo reproductivo”⁶³.

La matriz esencialista actual también implicó la invisibilización de las diferenciaciones que se produjeron al interior del grupo de las mujeres: el desarrollo del empleo a tiempo parcial a partir de los '80 facilitó la polarización entre mujeres calificadas y no calificadas⁶⁴ y estas últimas, en buena parte, quedaron confinadas a cubrir las tareas de reproducción que las mujeres ahora incorporadas al mercado de trabajo comenzaron a “dejar al descubierto”. Se convirtieron en un doble⁶⁵ de las nuevas trabajadoras. Esta nueva repartición de actividades, que en muchos casos es considerada resultado de decisiones y capacidades individuales o de características de los sujetos, invisibiliza el hecho de que existen condiciones económicas, de acceso al capital y de formación profesional reales más allá de la condición de género y de las preferencias individuales: se derivan de la condición de clase. Esta repartición invisibiliza también que en tanto no se asume el trabajo reproductivo como un problema social, no se plantean propuestas sociales para la satisfacción de las necesidades reproduc-

⁶⁰ Zabludovsky, Gina “Las mujeres en cargos de dirección en México” en Maxfield, Sylvia *et. al.*, op. cit., p. 175-176.

⁶¹ Concepto propuesto por Yvonne Hirdman para dar cuenta de la existencia de un consenso sociocultural que rige la interacción de los sexos. Véase Stecher *et al.*, op. cit.

⁶² Fernández, Ana María *Lógicas sexuales...*, op. cit. p. 148.

⁶³ Citado en en Stecher, Antonio *et al.*, op. cit. p. 86.

⁶⁴ Vercellone, Carlo “Maíz-valía: uma lei da exploração e do antagonismo, en Biocapitalismo y trabalho.” en *Revista IHU*, San Pablo, Nunca, nro. 327, Año X, 2010, pp. 13-19.

⁶⁵ Márquez, Patricia y Lejter, Nelly “A pesar de los pesares: mujeres líderes en el mundo empresarial venezolano” en Maxfield, Sylvia *et. al.*, op. cit. p. 208.

⁵⁸ Véase al respecto Federici, Silvia op. cit.

⁵⁹ Agradezco a la Lic. Sandra Borakievich haber llamado mi atención sobre esta idea.



tivas. Entonces, la posibilidad de éxito en el mundo público de algunas mujeres demanda la subordinación de otras, la reclusión de otras a los espacios de lo privado. Los problemas y las exigencias del trabajo reproductivo siguen resolviéndose predominantemente al interior del género femenino, con lo que las inequidades no se solucionan sino que circulan en su interior.

Finalmente, esta matriz esencialista invisibiliza, asimismo, que si estas características femeninas son ahora aceptadas en el mundo del trabajo es principalmente porque el capitalismo tiene la capacidad de apropiarse del hacer productivo de los sujetos (sean varones o mujeres) creando para ellos diversos espacios en los que las habilidades adquiridas (no las características poseídas) en las experiencias específicas asociadas a la división genérica del trabajo⁶⁶ puedan ser puestas en el mercado. Las nuevas formas de consumo de la fuerza de trabajo, estrechamente vinculadas con el incremento de la intelectualización de la producción que demanda el desarrollo y aplicación de competencias que en años anteriores no se consideraban necesarias⁶⁷, implican el recurso estratégico a las características que las mujeres aprendieron a desarrollar en relación con las tareas propias del trabajo reproductivo: “(...) son a menudo las competencias relacionales y emocionales del trabajo de reproducción llevado a cabo tradicionalmente por las mujeres que aparecen, si bien en forma ambivalente, como cualidades decisivas en el nuevo paradigma de trabajo (...)”⁶⁸. De esta manera, nuevamente, lo dado resulta de una organización instrumental de las capacidades en función de las demandas del mercado, y lo que se invisibiliza es el carácter instrumental.

Indagar de qué modo los discursos sociales contribuyen a la conformación de distintas subjetividades implica tener en cuenta qué matrices de inteligibilidad se generan para las posibles prácticas de los sujetos. Estas matrices se nutren de lo que los discursos dicen y de lo que no dicen, y naturalizan, así, modos de visibilizar e invisibilizar diversos aspectos de lo social. Pensar la conformación de la subjetividad en esta matriz dada que ha incorporado como propias prácticas que en algún momento plantearon la posibilidad de pensar y actuar otros escenarios posibles haciéndoles perder su carácter disruptor, nos obliga no sólo a considerar cuáles son las persistencias esencialistas en los modos de subjetivación actuales. Nos obliga también a pensar y llevar adelante otras prácticas que den lugar, efectivamente, a otras subjetividades posibles.

Recibido: 17/05/2013

Aceptado: 09/09/2013

⁶⁶ Alvesson, Mats *et al* “Reconstructing Gender and Organization Studies” en *Understanding gender and organizations*, Nueva York: Sage, 1997, pp. 210 a 229.

⁶⁷ Zangaro, Marcela “Subjetividad y trabajo. El *management* como dispositivo de gobierno” en *Trabajo y Sociedad*, Nro. 16, Vol. 15, Verano del 2011, Sgo. del Estero, pp. 163 a 177.

⁶⁸ Vercellone, Carlo op. cit. p.